

Pilar San Juan, directora del colegio de las Hermanas de Jesús y María en la ciudad paquistaní de Lahore, relató a ABC su experiencia del terremoto y los intentos que está llevando a cabo su institución para enviar ayuda a las zonas devastadas

«Como un tsunami seco»

DIEGO MERRY DEL VAL

MADRID. «Cuando se produce una nueva sacudida, la tierra ruge. Es como un tsunami seco». Así describe para ABC la impresión de lo que ha vivido en los pasados días Pilar San Juan, religiosa de las Hermanas de Jesús y María, que dirige el internado femenino de la institución en la ciudad paquistaní de Lahore. No es al seísmo del pasado sábado a lo que se refiere Pilar San Juan, sino a las réplicas que cada 25 minutos se dejan sentir en todo el país y que mantienen desveladas a las 85 niñas que la hermandad acoge en otro internado, situado en las Montañas de Mori, en las estribaciones del Himalaya. Difícil imaginar, si no se ha vivido, lo que se debió sentir el día en que la tierra empezó a temblar.

El internado de las Montañas de Mori se ha convertido en hogar para las internas por tiempo indefinido, ya que sus casas han quedado laminadas por el terremoto y sus padres por el momento no pueden recogerlas, pues no tienen adónde llevarlas, explica San Juan. Su sentimiento es de impotencia por no poder acceder a las zonas afectadas y ayudar a evacuar supervivientes de entre las ruinas, pero los militares no permiten el acceso a los extranjeros de las órdenes religiosas. En un intento de contribuir como se pueda, las dos mil niñas del colegio de Lahore que dirige han realizado una colecta en la que las alumnas más pudientes aportan mantas y las más pobres, velas y cajas de cerillas, en un intento de llevar algo elemental, luz, a pueblos que se han quedado a oscuras por el corte del fluido eléctrico.

El problema del frío

Un camión debía partir en la madrugada de hoy para llevar este cargamento por carreteras y caminos infernales, algunos cortados en numerosos tramos, «no a las ciudades, sino directo a los pueblos, porque ahí no llega la ayuda». «No sé cómo logrará pasar, pero vamos a intentarlo», afirma San Juan con voz que delata una voluntad ajena al desfallecimiento. Se trata de paliar en lo posible el sufrimiento que el frío y las lluvias que se van acrecentando en estos días tienen aún reservado para los supervivientes.

En Lahore, como en todo el país, el miedo flota en el ambiente. El noventa por ciento de la gente duerme fuera de sus casas y en cada réplica la naturaleza se trastorna y transmite un pánico que se contagia a seres humanos y animales. «Cuando empieza cada nuevo temblor, los cuervos que revolotean por la ciudad en enormes bandadas se vuelven locos, vuelan muy bajo y arman un terrible alboroto con sus graznidos, que contribuyen a aumentar la sensación de temor». La tragedia saca a veces a relucir lo peor del ser huma-

no. Ciertos individuos acostumbran a generar falsas alarmas para después entregarse al pillaje en las zonas desalojadas y esto genera una gran incertidumbre y angustia, también entre las internas y el personal del colegio.

Pilar San Juan ha conocido testimonios de padres que han sujetado durante horas el brazo de sus hijos de corta edad, atrapados entre escombros, hasta que han dejado de moverse. «La ayuda está llegando, pero sólo a las ciudades. El problema es la falta de medios de transporte para hacerla llegar a los pueblos, las dificultades del terreno que impiden el acceso de grúas para el desescombros. Los militares están desbordados, porque las zonas afectadas están muy dispersas».

Pilar San Juan está especialmente impresionada por la resignación y el estoicismo con que la gran mayoría de la gente, sobre todo la más pobre, sobrelleva la desgracia. «Ahora estamos en el Ramadán y muchos se consuelan con la creencia de que los que mueren en el mes santo van a parar directamente a los brazos de Alá». La reacción de las víctimas «no tiene nada que ver con la de Nueva Orleans. Aquí dan gracias por lo poco que tienen».